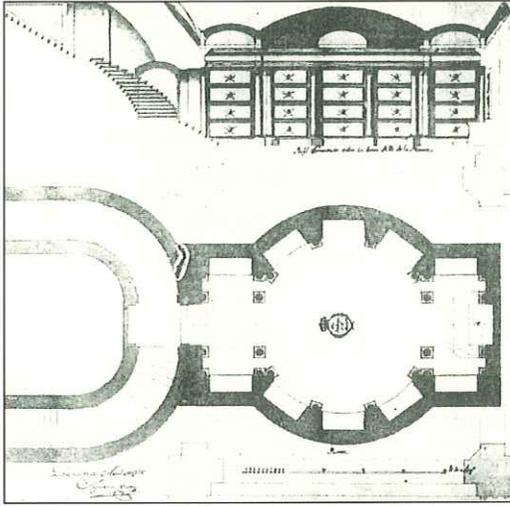


ARQUITECTURA FIN DE SIGLO

La creación, en 1792 y en Zaragoza, de la Real Academia de San Luis de las Tres Nobles Artes representó —en el terreno de la arquitectura— una modificación esencial, pues obligaba a que la estructura gremial barroca cediese el paso a las ordenanzas académicas neoclasicistas. Los cultivadores de esta “noble arte” que dejarán huella en este fin de siglo responden plenamente a esa transición y están casi siempre ligados a esa institución.

Sería el caso del zaragozano **Agustín Sanz** (1724-1801). Empezó trabajando en el taller de Yarza —el más representativo de los maestros de obras de Zaragoza en la transición de la estructura gremial a la académica neoclasicista— y después pasó a formarse en la Academia de San Fernando de Madrid, de la que fue elegido miembro en 1775. A su regreso a Zaragoza ejerció durante muchos años como profesor en la Escuela de Bellas Artes fundada a sus expensas por Juan Martín de Goicoechea y que devendría —gracias a que Sanz inició las gestiones— Real Academia de Bellas



Plano de la bóveda para enterramientos de la iglesia de Vinacey elaborado por Agustín Sanz. (Sambricio, 1986)

Artes de San Luis. En 1792 era catedrático de Arquitectura de dicha institución y simultaneaba su labor docente con la profesional. En 1801, y siendo director de Arquitectura en ella, dirigió y concluyó “la grande media naranja sobre el coro de la Santa Capilla del Pilar”.

Sus trabajos van desde el levantamiento de planos de la iglesia de la Santa Cruz, pasando por la rotonda de La Puebla de Híjar y la parroquial de Épila, hasta la dirección de la construcción del nuevo teatro tras el incendio del antiguo en Zaragoza o la realización de las obras de canalización de Barbastro. En su condición de catedrático de Arquitectura de la filial aragonesa de la Academia deberá elaborar numerosos proyectos e informes que se le solicitan acerca de la idoneidad o la corrección de obras de muy distinta naturaleza (sobre el sistema de

aguas y cañerías en Fonz; sobre los puentes de los ríos Ara y Cinca; sobre la iglesia de Bolea; sobre la desecación de la laguna de Gallocanta; sobre la calzada y la carretera a Francia por Benasque; sobre un proyecto de puente en Alcañiz; sobre un proyecto para la iglesia de Sariñena, etcétera).

Francisco Rocha Carrera (1766-1809) era natural de Monzón (Huesca). Procedente, como Sanz, de la estructura gremial, Rocha había empezado a trabajar en el oficio en su Monzón natal y con su padre, maestro de obras. Este le envió a Zaragoza, donde compaginó el trabajo práctico con el también maestro de obras Antonio Esteban con la asistencia nocturna a la Escuela de Dibujo de la Económica Aragonesa, de la que eran profesores entonces Agustín Sanz y Manuel Inchauste. En 1788 (datos de Expósito, 1987) se le encargó el diseño y la dirección de las obras del acueducto y la fuente pública de Longares (Zaragoza). Un año más tarde lo encontramos ya matriculado en la Academia de San Fernando de Madrid y, a la par, trabajando con el maestro de obras Francisco Ribas en las obras del nuevo Palacio Real. El final de sus estudios se precipita, pues deberá presentarse con urgencia al examen para obtener el grado de académico de mérito y así poder ocupar —en octubre de 1793— el puesto de director de la Real Academia de San Luis en la clase de Arquitectura e impartir —por 5500 reales anuales— dos horas diarias de clase en la Sala de Arquitectura.

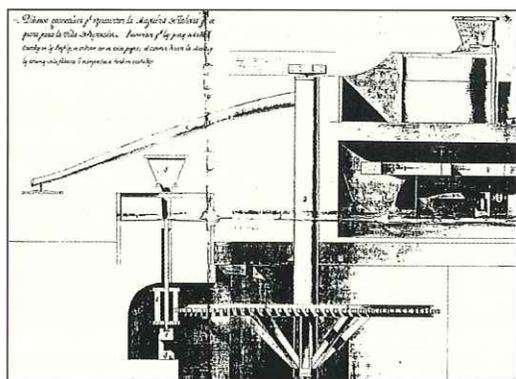
Desde ese puesto, su actividad, su prestigio y su influencia serán crecientes: realizará, por ejemplo, informes sobre las bóvedas del Pilar, expedientes sobre las acequias del Arrabal y Tamarite, diseños para erigir la Casa de la Misericordia de Teruel y planos para una nueva iglesia parroquial en Ballobar (Huesca). Entre otros muchos y variados trabajos quizás vale la pena destacar el detallado informe y los planos para construir una tahona en Bujaraloz (Zaragoza), los dibujos para el tabernáculo y el altar mayor de la colegiata de Alcañiz (Teruel) y los nueve planos para la completa reforma del monasterio de Sijena (Huesca) que fueron aprobados en 1804 por la Comisión de Arquitectura de Madrid.

Coincidente —en parte— con la trayectoria de Rocha es la del zaragozano **Tiburcio del Caso Martínez** (1769-1846). También se formó en la Escuela de Dibujo de la Económica Aragonesa e igualmente acabó como director de Arquitectura de la Real

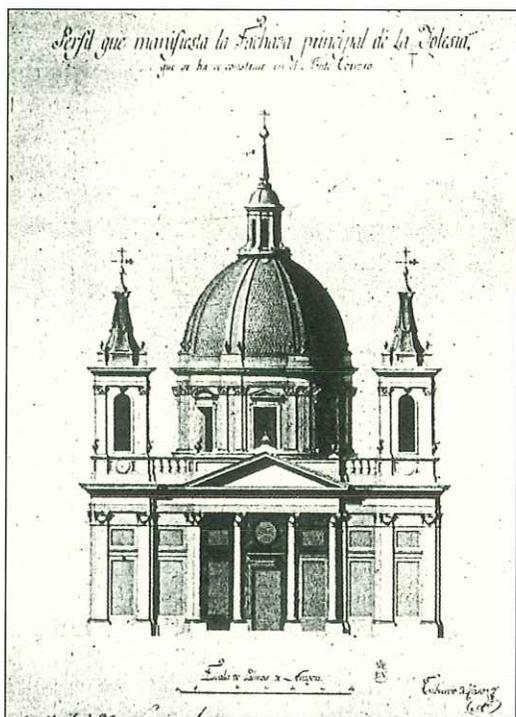
Academia de San Luis, pero, a diferencia de Rocha, Tiburcio del Caso no tuvo relación con los tradicionales gremios y se apartó de lo que estrictamente se entiende por *arquitectura* para volcarse más bien, a través de su extensa relación laboral de más de veintinueve años con las obras del canal Imperial, hacia la ingeniería.

Del Caso estudió en Zaragoza no solo en la Escuela de Dibujo, sino también en la de Matemáticas de la Económica Aragonesa (de 1788 a 1792), regentada por Rancaño de Cancio, para pasar a ampliar sus estudios de dibujo y arquitectura en la Real Academia de San Luis (de 1792 a 1797) con los profesores Manuel Inchauste, Agustín Sanz y Francisco Rocha. Su formación vendría avalada por su nombramiento, en 1796, como aparejador-encargado de la construcción de la neoclásica iglesia de San Fernando de Torrero, y finalmente por la obtención en 1807 del título de académico de mérito de Arquitectura por la Academia de San Luis. Durante ese tiempo simultaneó sus estudios con el trabajo en el gabinete de delineación y obras del canal Imperial, para el que lo había reclutado Ramón Pignatelli.

Durante los Sitios de Zaragoza realizó obras de fortificación a las órdenes del comandante de ingenieros Antonio Sangeñis y tras la guerra desempeñó, junto a su compañero Ambrosio Lanzaco, el cargo de director de Arquitectura de San Luis y la dirección técnica del canal Imperial. Llegó



Planos y maquinaria diseñados por Francisco Rocha para una tahona en Bujaraloz. (Expósito, 1987)



Fachada de la iglesia de San Fernando de Torrero, obra de Tiburcio del Caso. (Sástago, 1796a)

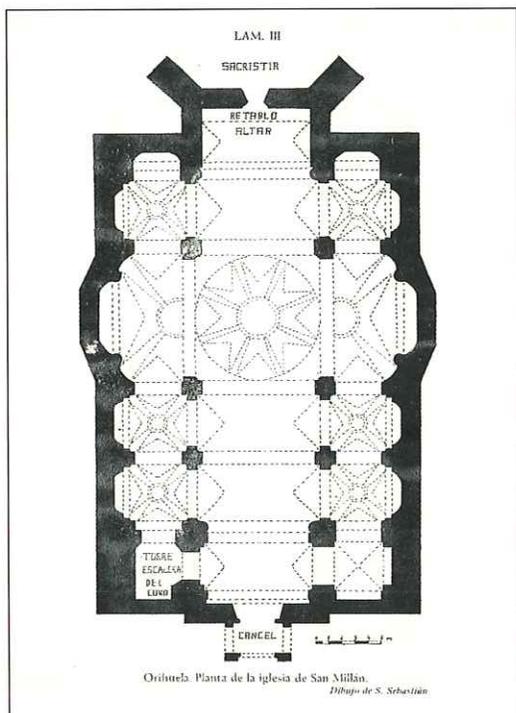
a ser, además, arquitecto municipal de Zaragoza, por lo que no parece exagerada la afirmación de Expósito (1987: 227) de que “desde todos esos destinos ejerció durante poco más de una década un control absoluto de la arquitectura aragonesa”.

Muy poco ligada a la estructura académica y menos orientada a la docencia —pero más diversificada geográficamente— estará la labor del arquitecto turolense, natural de Manzanera, **José Martín de Aldehuela** (1719–1802). El carácter periférico de su producción —con obras en Teruel, Cuenca y Granada— y de sus concepciones arquitectónicas y estilísticas —que mez-

clan influencias rococó, barrocas, clásicas de Vignola o neoclásicas de Ventura Rodríguez— ha hecho que su figura se haya olvidado en demasía, pues, como dice el crítico Chueca Goitia, “su obra fue —en volumen y calidad— mucho más importante que la de muchos Académicos de la Arquitectura”.

Comenzó también como maestro de obras y pasó a estudiar a Valencia, pero, llamado por el obispo de Teruel Pérez Prado, regresó para dirigir, de 1745 a 1752, las obras del colegio y la iglesia de los jesuitas en Teruel, siguiendo el modelo de las obras de Vignola. Hacia 1755 Aldehuela se desplazó a Cuenca para dirigir varias obras, como la remodelación de la iglesia de Santo Domingo de Silos o el levantamiento de la nueva torre de Santo Domingo en 1773; y será en Cuenca donde Aldehuela contacte con Ventura Rodríguez —exponente máximo del neoclasicismo español del momento—, desplazado allí para hacer el altar mayor y el transparente de la catedral. Ese contacto hará que en sus próximas obras muestre influencias de los arquitectos barroco-clasicistas italianos, desde Juvara y Sachetti hasta Fontana y Borromini, como ocurre en la iglesia de Orihuela del Tremedal, la única con tres naves que proyectó.

En Cuenca realizará, de nueva planta, las iglesias de San Antón, San Felipe Neri y San Bartolomé de Cólliga. En esta última es en la que más claramente se aprecian las influencias antes mentadas, pues hay en



Planta de la iglesia de Orihuela del Tremedal, diseñada por José Martín de Aldehuela. (Sebastián, 1962)

ella una desnudez y pureza de líneas casi total, frente a la abundancia de decoración y rocalla de sus obras anteriores.

Hacia 1776 es llamado a Málaga por el obispo –natural de Teruel– Molina Lario y en 1782 se le nombra maestro mayor de las iglesias malagueñas. Pero no solo participa en construcciones religiosas, pues en esta etapa en Andalucía destacan las obras civiles, como son el acueducto para la traída de aguas a la capital –de 11 kilómetros de largo, con 33 alcantarillas y 30 acueductos, que dirige de 1782 a 1784–, la plaza de toros de Ronda –hoy una de las más antiguas de España– o el imponente puente

de Ronda, que salva una hoz o tajo de 88 metros de altura, concluido en 1788 por orden del Consejo de Castilla.

Pero la figura que mejor representa los vaivenes –estéticos y políticos– de este final dieciochesco en el campo de la arquitectura es **Silvestre Pérez Martínez** (1767-1825). Natural de Épila, comenzó su formación en la Escuela de Dibujo de la Económica Aragonesa bajo la dirección de Agustín Sanz, el hombre de confianza de la madrileña Academia de San Fernando en Aragón. Como reflejo de la institucionalización alcanzada tras cuarenta años de existencia de dicha Academia, en ella continuó Pérez su carrera de arquitecto, en 1781, bajo los auspicios de Ventura Rodríguez, que estaba admirado de su precocidad. Tras obtener el nombramiento de académico de



Puente de Ronda, obra de José Martín de Aldehuela.

mérito en 1790, pasará a perfeccionarse en Roma como pensionado extraordinario entre 1791 y 1796. Allí estará bajo la supervisión de su paisano el ilustrado, diplomático, anticuario, literato y mecenas José Nicolás de Azara, quien desde 1784 era ministro plenipotenciario en Roma y ejercía de facto como director de los pensionados de arquitectura a partir de 1791.

Así, en la instrucción con las normas a que se han de sujetar los pensionados, se indica que la dirección de sus estudios corresponderá a Azara

como persona tan benéfica e ilustrada [...]. Con su dictamen y aprobación arreglará Vmd. sus estudios, y deliberará las obras en que hayan de ocuparse; sin que pueda variar lo resuelto, ni salir de Roma sin su licencia expresa.

Y, a la vez, se explicitan los modos y los modelos a seguir en su aprendizaje:

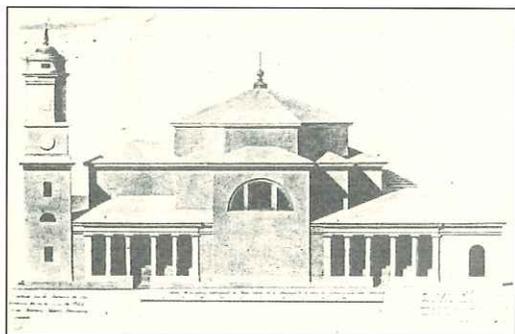
las ruinas u otras cualesquiera fábricas que dibuje, han de ser medidas por su mismo original [...]. Será muy del caso hacer estudio más reflexivo de las obras de Palladio [...]; porque este Arquitecto es el Príncipe de los modernos.

Que esas instrucciones se siguen fielmente lo pone de manifiesto una carta que Azara remite, desde Roma, al secretario de la Academia de San Fernando el 10 de junio de 1795. Azara promovió y costeó excavaciones arqueológicas en Roma, una de

ellas entre 1793 y 1795 en la que se creyó que era la casa de Mecenas. En esa carta y sobre ese asunto dice Azara:⁸⁷

remití la semana pasada los planos y dibujos de las ruinas de la Casa de Campo que Mecenas tenía en Tívoli ejecutadas por los pensionados de la Academia Dn. Silvestre Pérez y Dn. Evaristo del Castillo [...]. Cerca de dos años han empleado estos dos jóvenes en medir con la más escrupulosa exactitud quanto se ha podido y he rogado a su Ex.^a que los pase a la Academia, para que en su colección tenga una memoria de las reliquias del monumento más precioso que se conserva en Italia de la buena y más purgada Arquitectura. Estas ruinas no han sido hasta ahora examinadas ni medidas arquitectónicamente, no obstante que millones de Artistas las dibujan todos los días para componer vistas y paisajes.

Esa estancia en Roma y sus contactos —Azara mediante— con Francesco Milicia⁸⁸ o con el padre Márquez —con quien participa en las excavaciones de la villa de Plinio el Joven en Ostia— orientarán su formación hacia una visión más enciclopedista del clasicismo. Carlos Sambricio, que es sin duda quien mejor y más a fondo ha estudiado la figura de Silvestre Pérez dentro del movimiento neoclásico de finales del XVIII, opina que “es el arquitecto español que más se aproxima a los arquitectos europeos que aparecen hacia 1790 y que protagonizan el ideario de los primeros años del



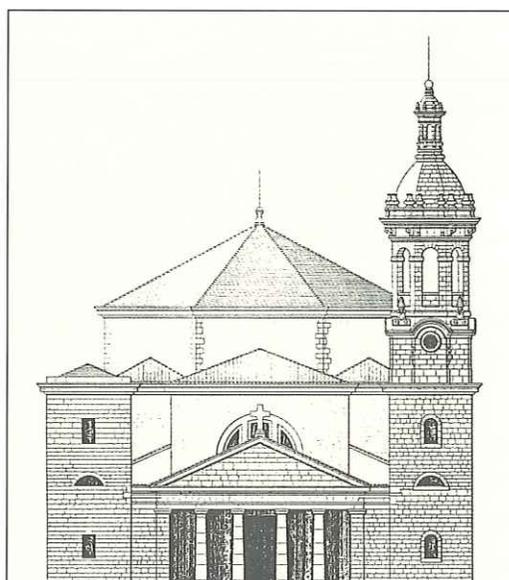
Fachada de la iglesia de Motrico, obra de Silvestre Pérez. (Sambricio, 1975)

XIX (no ya Ledoux y Boullée, sino Bélanger, Percier, Fontaine y Valadier)", y en una de sus obras (Sambricio, 1986: 397-398) nos da una amplia relación de 37 bocetos, dibujos, planos y proyectos que desarrolló tanto en España como en Roma y que se guardan en la Academia de San Fernando de Madrid.

Vuelto a España en 1796, comienza a obtener cargos en la Academia y es nombrado profesor de Arquitectura, vicesecretario de la Academia y secretario de la Comisión Censora de Arquitectura en 1799 y teniente director de Arquitectura en 1801. De esa época se puede citar –en 1797 y en colaboración con Evaristo del Castillo– el proyecto para el tabernáculo de la catedral de Málaga, pero destacan sobre todo las obras de arquitectura religiosa (iglesias de Motrico y Bermeo) donde empleó la planta de cruz griega, que permite ver la parroquia como centro capilar de toda la población. Representante de la culminación del neoclasicismo en

España, su proyecto de Motrico ejemplifica al límite el proceso de simplificación de todo ornamento barroco y el paso a la abstracción geométrica, con un riguroso juego de volúmenes (apreciaciones, estas últimas, de Sambricio).

En 1804 elabora también el proyecto de urbanización de la plaza del Mercadal de Agramunt (Lleida). En el estudio que le ha dedicado Josep Mora (1997: 176), este autor nos recuerda que la plaza es cuadrada y tiene las cuatro caras formadas por ocho casas, cada porche o cubierto de las cuales corresponde a un habitáculo, y destaca que “el arco rebajado, las dos balconadas, el óculo elíptico aplanado, el enmarcado de las balconadas, del forjado y del ráfil le dan el aire de una arquitectura nueva en la que la



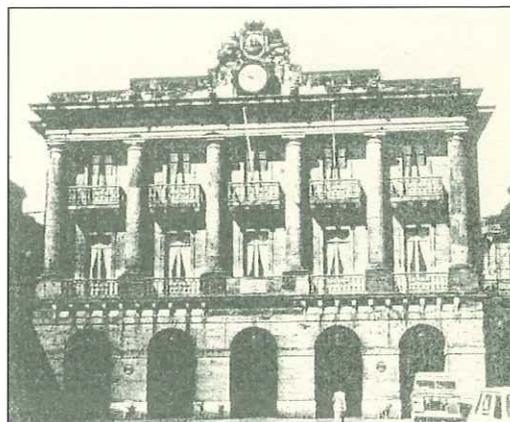
Fachada de la iglesia de Bermeo, diseñada por Silvestre Pérez. (Sambricio, 1975)

geometría, la modulación, la austeridad, la proporción y la uniformidad se combinan para llegar a una arquitectura para la reforma urbana y social”.

Su actividad profesional le llevó a proyectar obras para América y, en 1807 y en colaboración con Alejo de Miranda, el de la ciudad y el puerto de la Paz de Bilbao. Afrancesado, puso su talento al servicio de José Bonaparte y realizó —entre otros— el proyecto de enlace del Palacio Real con la iglesia de San Francisco el Grande —futuro Senado—, obra que quería representar simbólicamente el vínculo entre la monarquía —bonapartista— y la Constitución. Tras sufrir unos años (1812-1815) de exilio en Francia, a su regreso se instaló en San Sebastián, donde desde su cargo de arquitecto municipal construyó el nuevo —entonces; hoy, el viejo— consistorio y la plaza de la Constitución, obra que acabó su discípulo Pedro Manuel de Ugartemendía, todo ello a comienzos del XIX.

De esta etapa final destaca Sambricio que Silvestre Pérez “pretende un poco en cada proyecto reorganizar en la medida de lo posible la urbe”, integrando la arquitectura en la ciudad.

Natural de Albelda (Huesca) fue el ingeniero militar y matemático **Antonio de Sangenis y Torres** (1767-1809). Como nos recuerda Fatás (1983: 139), Sangenis estudió en la Academia Militar de Matemáticas de Barcelona y en 1790 recibió el despacho de ayudante de ingenieros.



Antigua casa consistorial de San Sebastián, obra de Silvestre Pérez. (Sambricio, 1975)

Acondicionó las fortificaciones del Cantábrico, participó en la campaña del Rosellón con el barbastrense general Ricardos y fue ascendido a capitán. En 1804 ingresó en la Academia de Ingenieros de Alcalá de Henares como catedrático de Fortificación y en 1805 ascendió a teniente coronel de ingenieros. Murió en 1809, cuando dirigía las obras de ingeniería para la defensa de Zaragoza por orden del general Palafox. Cita Fatás obras suyas tanto matemáticas (*Cantidades radicales y otras teorías del álgebra*, *Tratado analítico de las secciones cónicas*) como de ingeniería (*Empujes de tierras y de arcos*), aunque ninguna se ha localizado.